

¿La Política como metáfora de la Antropología? Notas sobre la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán*

Félix Báez-Jorge

En rigor, la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán no precisa de presentaciones. Esta ceremonia, animada por su talento singular, tiene que entenderse como un acontecimiento intelectual, más que como novedoso anuncio. Celebramos, el esfuerzo editorial conjunto del Fondo de Cultura Económica, el Instituto Nacional Indigenista, el Gobierno de Veracruz y la Universidad Veracruzana, que posibilitó la integración de su producción antropológica en 15 volúmenes.

Festejamos, entonces, cincuenta años de relevante ejercicio intelectual que el maestro inició formalmente con la publicación de *El Señorío de Cuauhtochco* en 1940. Medio siglo de presencia activa, crítica, plena de erudición y polémica, que Aguirre Beltrán mantiene en los diversos ámbitos del quehacer antropológico, condición que le separa y distancia de los fríos mandarines que, obnubilados en el poder libresco y en los beneficios de las jerarquías burocráticas, se cierran a todo diálogo con los jóvenes oficiantes de la disciplina.

Los libros de Aguirre Beltrán son parte importante del repertorio clásico de la antropología social mexicana. Clásico, nos ha enseñado Borges, es aquel libro que

el largo tiempo ha decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo, como el cosmos y capaz de interpretaciones sin términos.¹

Libros, en fin, a los que las generaciones de hoy y mañana tienen que

* Texto leído en la presentación de la *Obra Antropológica de Gonzalo Aguirre Beltrán* 15 Vols. Ed. FCE, INI, UV, Gobierno del Estado. Museo de Antropología, Xalapa, Ver. 21 de septiembre de 1991.

¹ J.L. Borges "Sobre los clásicos" en *Páginas escogidas*. Ed. Casa de las Américas. Colección Literatura Latinoamericana. Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar. La Habana 1988, pp. 241-242.

asomarse con una compleja actitud capaz de concertar reconocimiento, lealtad y rebeldía.

En el limitado marco de estas páginas no es posible reseñar la importancia, los aportes y debates teóricos propiciados por la obra de Aguirre Beltrán. El intento habrá de reducirse a enunciar algunas reflexiones sobre la vinculación entre su pensamiento y el contexto económico-social en el que arraiga y se desarrolla, ideas, por cierto, que he tratado con mayor amplitud en el estudio introductorio incluido en *Crítica Antropológica*, Título XV de la colección editorial que hoy nos congrega.²

En efecto, a lo largo de medio siglo el quehacer intelectual de Gonzalo Aguirre Beltrán ha diluido las sombras que normalmente oscurecen la relación, el diálogo, entre el pensador y el político. En esta actividad los planos de la dimensión política y los de las tareas académicas se imbrican e influyen con resultados singulares. Más allá de los juicios críticos, debe subrayarse que el pensamiento de Aguirre Beltrán conjuga admirablemente las categorías abstractas priorizadas por la actividad intelectual, con las preocupaciones prácticas dirigidas al beneficio social. Se nutre de conceptos para proyectarse sobre los hombres concretos, realidad que enriquece sus formulaciones teóricas y metodológicas. La síntesis de estas vertientes ha producido un pensamiento que enriqueció la disciplina antropológica, generando al mismo tiempo los planteamientos ideológicos que se convertirían en las tesis indigenistas sustentadas por el Estado Mexicano hasta mediados de los años setenta. Se trata de propuestas cognoscitivas y pragmáticas que, al enfrentar serios cuestionamientos, evidenciaron su articulación orgánica con un sistema social hoy día en plena rectificación.

De acuerdo a este orden de ideas, y examinada en una perspectiva más amplia, la personalidad intelectual de Aguirre Beltrán corresponde plenamente al perfil que la pluma ecuménica de Alfonso Reyes trazó para caracterizar la inteligencia de nuestras tierras:

El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios. La inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador.³

Es claro que estas coordenadas están presentes en gran parte de la obra

² F. Báez-Jorge "Claves de un diálogo entre la antropología y la política (estudio introductorio)" en *Crítica antropológica*. De G. Aguirre Beltrán. Vol. XV. Ed. FCE, INI, UV, Gobierno del Estado de Veracruz. México 1990, pp. 7-42.

³ A. Reyes *Ultima Tule en Obras completas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Tomo XI, p. 86.

antropológica de Aguirre Beltrán. Su signo se aprecia, de manera especial, en *El proceso de aculturación* (1957) y en *Regiones de Refugio* (1971), libros torales del indigenismo latinoamericano, en los que el planteamiento político que refiere a la *integración intercultural* (núcleo operativo de la acción indigenista) es coincidente con las alternativas de cambio socioeconómico promovidas, en diversos momentos, por los organismos económicos de la región (CEPAL, BID, ALPRO, etc.). Las estrategias y recomendaciones antropológicas propuestas por ellos implican, básicamente, la consolidación del mestizaje (en lo étnico), la integración nacional (en la dimensión política) y el desarrollo social de acuerdo al modelo del nacionalismo económico, en el marco del capitalismo.

En *La imaginación sociológica* —libro fundamental con el que C. Wright Mills sacudió las burocracias académicas— se explica cómo en las sociedades modernas unos individuos tienen el poder de actuar con muchas consecuencias estructurales y conocen bien los resultados de estas acciones; otros tienen ese poder, pero desconocen su alcance efectivo; y hay otros más que no pueden trascender sus ambientes cotidianos mediante la comprensión de su estructura, ni efectúan cambios estructurales por ninguno de los medios de acción de que disponen. La tarea política del investigador de la sociedad que sustente su quehacer en los imperativos de la razón, la justicia social y la democracia como estilo de vida, tiene que orientarse hacia estos tres tipos de hombres en términos de la relación entre el poder y el pensamiento. A los depositarios del poder que saben sus alcances debe recordarles los grados y consecuencias de su responsabilidad. A aquellos cuyas acciones tienen repercusiones estructurales pero que parecen no saberlo, el investigador debe mostrarles todo lo que ha descubierto acerca de esas repercusiones, en una clara tarea educativa que conlleva responsabilidades. Finalmente, a aquellos que normalmente carecen de poder y cuyo reconocimiento se limita al medio social cotidiano, el estudioso de la sociedad debe de revelarles con su trabajo la dirección de las tendencias y decisiones estructurales en relación con dicho ambiente y las maneras en que las inquietudes personales se articulan con los problemas públicos.⁴

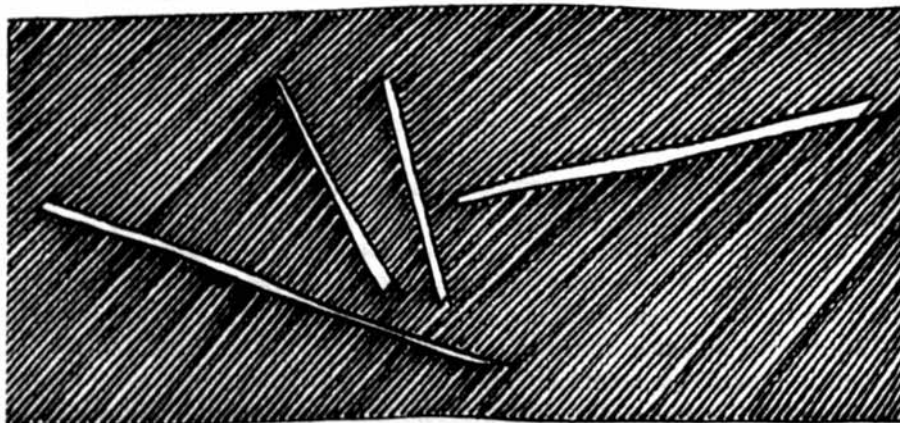
Analizada en conjunto, la obra antropológica de Gonzalo Aguirre Beltrán ha cumplido en grado sobresaliente estas tres tareas. Con sentido crítico y enorme responsabilidad intelectual, ha traducido las necesidades e injusticias sociales (particularmente las de los pueblos indios) en problemas públicos, estableciendo el importante rango que éstos tienen en la configuración y dimensión presente de la nación. Esta tarea ha

⁴ C. Wright Mills *La imaginación sociológica*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México 1974, pp. 196-197

implicado, necesariamente, un enorme esfuerzo educativo que ha operado con éxito en las jerarquías gubernamentales, antes confundidas en la trampa de la retórica indigenista, hoy en día más sensibles y conscientes de sus compromisos y responsabilidades con las comunidades autóctonas. De forma tal, el pensamiento de Aguirre Beltrán es parte sustantiva de las metas de justicia social que el Estado Mexicano se ha planteado para el beneficio de la población indígena, deuda ancestral de la que apenas se han cubierto los primeros abonos.

La historia de las ideas políticas en México se beneficiará ampliamente cuando se concrete un estudio profundo de los planos cognoscitivos e ideológicos que integran el pensamiento de Aguirre Beltrán. Su quehacer científico y político tiene que explicarse en tanto intelectual orgánico vinculado al desarrollo de la nueva sociedad que emerge con la nación diseñada al amparo de la revolución social de 1910. En términos de la jerarquía cualitativa de los intelectuales sugerida por A. Gramsci, bien puede definírsele como un creador que, a diferencia de los simples organizadores de instituciones y de los educadores, logró proyectar la influencia de su pensamiento a los ámbitos de la sociedad política y de la sociedad civil; la *praxis*, en su acepción plena, en donde comprender al mundo y modificarlo son valores idénticos.⁵

Al formular esta reflexión, tengo presente que la historia del conocimiento es también una de las historias del poder. Así, observar la política como metáfora de la antropología es un tema que sugiere con insistencia la obra formidable de Gonzalo Aguirre Beltrán, sin lugar a dudas uno de los pensadores mexicanos más importantes de nuestro siglo.



⁵ A. Gramsci *La formación de los intelectuales*. Grijalbo, México 1967, p. 25; y *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Nueva Visión. Buenos Aires 1972, p. 16